

« ¿Pero como no veis, deciales ese insigne doctor, como no veis que, con sistema semejante, no solo haceis de la materia un Dios, sino un Dios en contradiccion consigo mismo?

« Desde luego, al admitir que tanto como el mismo Dios, la materia carece de principio, haceis de ella un Dios; pues todo lo que carece de nacimiento es Dios, y Dios no es Dios sino en tanto que existe sin principio alguno, en tanto como es eterno. Imposible os es establecer una diferencia real entre la materia y Dios, desde que reputais ambos eternos. Pero al mismo tiempo reconocéis que la materia no es Dios, porque Dios y la materia no son la misma cosa, quisiera que nos explicaseis como puede suceder que Dios y la materia sean al mismo tiempo semejantes y no semejantes; semejantes porque son ambos eternos, y no semejantes porque no tienen la misma naturaleza ni las mismas propiedades: *Doceant isti: Qui fieri poterit ut in Deum et materiam similitudo pariter et dissimilitudo non caderet... Si enim illud ipsum quod ortu caret, Deus est; ipsaque ortus carentia divina essentia est; num jam idem, cum Deus et materia unum idemque non sint?*

« A menos que admitais un tercer principio diferente de Dios y la materia, si bien mas antiguo y poderoso que ambos, que los haya formado uno y otro y dádoles el ser, nunca podreis explicar como Dios y la materia, aunque sean ambos eternos, son empero de una naturaleza tan diferente. Pero no podreis menos de convenir que admitir un principio semejante mas antiguo y poderoso que Dios, es absurdo, á lo menos con respeto á Dios. Decidnos pues, como sucede que, de los dos seres igualmente eternos, el uno, Dios, sea impassible, inmutable, pudiendo cambiarlo todo, todo moverlo; y el otro, la materia, posea calidades opuestas; esto es, que sea pasible, mutable, alterable, sujeta á tomar formas diversas. Decidnos como dos seres que gozan de la misma eternidad, son tan diferentes en su modo de ser: *Alium quemdam utroque potentiozem cogitare oporteret: quod tamen de Deo vel*

« esse velint, divinæ potestati digerendam ornamdamque subjeant, dum « eam natura sua patientem atque tractabilem impressas divinitus mutatio- « nos facile subire tradunt. » (S. DIONYSIUS ALEX. CONTR. SABELL. *Apud EUSEBIUM, PRÆP., lib. VII, c. 11*; esto es el capítulo XIX.)

susplicari nefas. Nam et ipsum ortu carere, quod in utroque simile dicitur, et alterum illud quod præter utrumque cogitatur quomodo tandem in iis locum habuit? Alioquin causam illi afferant quamobrem, cum ortu ambo careant, Deus quidem nec pati quidquam, nec mutari, nec moveri possit, idemque simul efficiendi vim habeat; materia vero contraria subeat omnia, quippe que pati mutarique possit, inconstans, et multiplici configurationis obnoxia?

« Os figurais continuaba, diciendo San Dionisio á los partidarios de la materia eterna, os figurais explicar, mediante vuestro sistema, y de un modo plausible, la formacion del mundo por Dios; pues, segun opinais, Dios formó el mundo con esta materia preexistente ni mas ni menos que un hombre que forma estatuas con oro, construye edificios con piedras, ó da cumplimiento á un infinidad de obras, al imprimir, con ayuda de las artes, diferentes formas á las diversas especies de materia que tiene en su poder. ¿Pero no es soberanamente absurdo é inepto pensar que Dios como la criatura humana, necesite forzosamente una materia cualquiera como base de sus obras? *Ineptum fuerit cogitare Deum, uti homines vulga solent aut ex auro conflare aut lapides cædere, vel collocare aut præ cæterarum artium varietate, quibus diversa materiæ genera figurari, conformarique possint, opus quodcumque moliri.*

« Confesad pues con nosotros, concluia San Dionisio, que la verdadera doctrina, la doctrina justa, sincera, plausible, la doctrina de un presagio santo y feliz, en lo que atañe al origen del mundo, es la doctrina que admite que un solo Dios todo lo ha criado, inclusa la materia; que este Dios es el que ha dado á esta materia de su creacion, todas las calidades que exigia el uso á que la destinaba el Criador; y que despues le dió las formas que le plugo, y formó con ella los seres materiales; pues solo esta doctrina es la que confirma esta gran verdad, que Dios es solo ser que no tiene principio, el único fundamento, y, en cierto modo, la vida del universo; la sola doctrina que reconoce en Dios, juntamente con la eternidad de su ser, la manera de existir y operar que le es propia: la única doctrina que enseña que Dios es verdaderamente Dios y lo que debe ser: *Sin materiam prout ipse voluit, ejusque sa-*

piencia postulabat, finxisse dicatur; camque variis ac multiplicibus artis molitionisque sue formis consignasse; bene ominata certe quidem, veraque hæc oratio fuerit: atque ejusmodi que preterea Deum, qui totius universi vita quedam et fundamentum est, ortus omnis expertem esse confirmet. Nam cum ista ortus negatione propriam insuper existendi rationem conjungit.»

15. Pero, mientras combatian con tanto desnudo el dualismo en Cártago y Alejandria Tertuliano y San Dionisio, lo fulminaba audaz en Roma Lactancio, el principe de los filósofos cristianos, en el segundo libro de sus admirables *Instituciones*, que, superiores á todo cuanto habia visto la luz en Roma en materia de filosofía, por la fuerza del raciocinio y la verdad que defiende, no van en zaga á los escritos del mismo Ciceron por la elocuencia y donaire de la latinidad. Cabalmente en los escritos de Tulio, los dualistas romanos, en tiempo de Lactancio, habian sacado sus ideas, sus argumentos y sus doctrinas; y, por esta razon, el apologista cristiano lucha infatigable y principalmente con el mismo Ciceron; pues, solo confundiendo al maestro podia acabar con los discipulos. Discusion es esta tan magnífica como importante, que vale la pena de ser reproducida en toda su integridad.

« Que nadie, dice Lactancio, se devane los sesos, por adivinar con qué materiales formó Dios la grande y magnífica obra del universo: pues la formó de la nada. Ni hay que creer á los poetas cuando afirman que, al principio, no habia mas que un caos ó confusion de todos los elementos y todas las cosas, y que, mas adelante, Dios puso en orden, este hacinamiento, sacó de este conjunto de materiales todas las cosas que amontonadas estaban, las coordinó asignando á cada una su lugar y sus funciones, y de esta manera arregló y embelleció el mundo. Pero nada es mas fácil que la refutación de error semejante, pues reposa en la mas completa ignorancia del poder de Dios, y en el concepto de que á Dios es tan imposible como al hombre hacer nada de un modo preexistente; y es lamentable el ver que este gran error de los poetas haya sido acogido por los mismos filósofos (1). »

(1) « Nemo quærat ex quibus ista materiis tam magna tam mirifica opera « Dens fecerit: omnia enim fecit ex nihilo. Neque audiendi sunt poetæ qui

Ciceron era en efecto uno de esos filósofos que, habiendo conocido por la tradicion el dogma primitivo de la creacion del mundo de la nada, procuraron combatirlo. El mismo Lactancio es el que nos informa de este crimen inexcusable del filósofo romano que censura y combate: « Hallamos en efecto en Ciceron el pasaje siguiente: « En primer lugar « *no es probable* que sea Dios el que, por su poder y sabiduría, haya criado la materia primera con la cual todo ha sido « producido. La materia primera ha existido siempre, con la « misma naturaleza y las mismas fuerzas que en la actuali- « dad. Del mismo modo que todo arquitecto que quiere cons- « truir un edificio no produce él mismo los materiales, sino « se sirve de los materiales que tiene á mano; del mismo « modo, fue necesario que Dios tuviese prestos y en disposi- « cion los materiales de su obra. Así no fue Dios el que hizo « la materia primera, sino solo cínóse á arreglar una materia « que encontró dispuesta. Pero si Dios no hizo la materia, « tampoco hizo la tierra, ni el agua, ni el aire, ni el fuego. » En una palabra, nada hizo Dios (1).

Como bien se echa de ver, todo esto es, de parte de Ciceron, la negacion mas explicita, mas formal, mas desvergonzada, de la creencia humanitaria en el dogma de la creacion. Así, indignado Lactancio, le dirige una violenta invectiva en estos términos: « Es imposible amontonar mas errores que habeis amontonado en estos pocos renglones. Comenzais por afirmar que *no es probable* que Dios haya él mismo criado la materia primera. ¿Pero sobre qué base estableceis este

« aiunt chaos in principio fuisse, id est, confusionem rerum atque elemen- « torum; postea vero Deum diremisse omnem illam congeriem, singulisque « rebus ex confuso acervo separatis, in ordinemque descriptis, instruxisse « mundum pariter et ornasse. Quibus facile est respondere, potestatem Dei « non intelligentibus, quam credunt nihil efficere posse, nisi ex materia « subjacente parata: in quo errore etiam philosophi fuerunt » (Istitutur., lib. II, c. III.)

(1) Cicero, *de Natura Deorum* disputans, sic ait: « Primum igitur non « est probabile eam materiam rerum, unde orta sunt omnia, esse divina « providentia effectam; sed habere et habuisse vim et naturam suam. Ut « igitur faber, cum quid ædificaturus est, non ipse facit materiam, sed ea « utitur quæ sit parata: sic isti providentiæ divinæ materiam præsto esse « oportuit: non quam ipse fecerit, sed quam haberet paratam. « Quod si « non est a Deo materia facta, nec terra quidem, et aqua, et aer, et ignis a « Deo factus est. »

aserto? Pues nada decis para probar que es *improbable* la creacion de la materia por Dios, y esta proposicion valia la pena de ser de antemano probada. Tambien me debe ser permitido á mí el afirmar que lo que para vos es improbable es para mí muy probable; con esta diferencia que mi aserto no es tan ligero, tan temerario como el vuestro, porque se funda en este principio irrecusable: « QUE HAY QUE RECONOCER Y ADMITIR A DIOS COMO POSEYENDO UN PODER SUPERIOR AL DEL HOMBRE; al paso que vos lo deprimis hasta la impotencia humana, negándole la facultad de criar cosa alguna, y solo le reconocéis el poder de dar forma á una materia existente; pues es evidente que no cabe diferencia entre el poder de Dios y el del hombre, si, como este, exige aquel la ayuda ó intervencion de un socorro ajeno; y es evidente que Dios tiene necesidad de un auxilio ajeno, si nada puede hacer sin que le sea suministrada la materia de sus obras. Por último, es asimismo evidente que, en este caso, el poder de Dios es muy imperfecto y que mas poderoso que él será el que haya formado la materia. Ahora bien, ¿qué nombre daremos al ser que habrá excedido al mismo Dios en poder? Pues es claro que el que se forma para su uso y da origen á sus propios materiales, es mas poderoso que el que solo se ciñe á arreglar los materiales ajenos. Mas generalmente se admite que nadie es mas poderoso que Dios, pues Dios es esencialmente perfecto por la razon, la virtud y el poder; luego nada ha debido ni podido hacerse sin Dios y á pesar de Dios; y, en tal caso, ¿cómo podeis darle un rival? pues, en vuestra hipótesis, el ser que habia hecho la materia, y Dios que habria hecho las cosas de esta misma materia suministrada, serian cuando menos dos seres iguales (1).

(1) « Oh quam multum sunt vitia in his decem versibus? Non est, inquit, a probabile materiam rerum a Deo factam. Quibus hoc argumentis doces? « Nihil enim dixisti quare hoc non sit probabile? Itaque mihi, e contrario, a probabile vel maxima videtur: nec tamen temere videtur: cogitanti plus a esse aliquid in Deo, quem profecto ad imbecillitatem hominis redigis, cui a nihil aliud quam opificium concedis. Quo igitur ab homine divina illa vis a di fert, si, ut homo, sic etiam Deus ope indiget aliena? Indiget autem, si a nihil moliri potest, nisi ab altero illi materia ministretur. Quod si fit, im- a perfecte utique virtutis est, et erim jam potentio: indicandus materiam a institutor. Quo igitur nomine appellandus qui potentia Deum vincit? Si- e quidem majus est propria facere quam aliena disponere. Si autem fieri non a potest ut sit potentius Deo quidquam, quem necesse est perfectæ esse vir-

« Añadis que es probable que la materia tuvo siempre la misma naturaleza y las mismas fuerzas que actualmente tiene. Pero, ¿cómo pudo tener la materia esas fuerzas si nadie se las dió? ¿Cómo pudo tener esa naturaleza si nadie la engendró? Si tuvo fuerzas, evidentemente de alguien las recibió; y ¿de quién pudo haberlas recibido sino de Dios? Y si tuvo una naturaleza, necesariamente alguien le dió su origen: pues la palabra *naturaleza* significa una cosa nacida. ¿Y quién pudo darle este origen sino el poder de Dios (1)?

14. « Alegais, añadía Lactancio, el ejemplo de los artesanos: pues, decis, así como el artesano no cria la materia con que forma su obra, sino que, hallándola existente y puesta á la mano, de ella se sirve como gusta, del mismo modo Dios no crió la materia, sino la halló existente y dispuesta y con ella formó el universo. Y añadis que de este modo, y no de otro, debieron tener lugar las cosas en el origen del mundo. Pero nada es mas inepto que esta comparacion entre el artifice humano y el artifice divino; y nada, al contrario, mas conforme á la razon que el admitir que el artifice divino debió operar de un modo diferente del artifice humano; pues si este, como el hombre, nada pudiese hacer sin una materia preexistente, el poder divino no seria mayor que el humano. Es verdad que los artífices que vemos nada pueden hacer si no reciben materia, no pudiendo criar esta materia ellos mismos, pero es porque el hombre no es verdaderamente poderoso. Al contrario, Dios no es Dios, sino en tanto que es verdaderamente poderoso, y el poder soberano le pertenece en virtud de la perfeccion de su ser. Ahora bien, si Dios es soberanamente poderoso, tiene la facultad no solo de operar con la materia, sino de formar, de criar esta misma materia, y si Dios careciese de poder semejante, no seria Dios. Así el hombre no opera sino en lo que es, porque, siendo un ser temporal, un

« tutis, potestatis, rationis; idem igitur materie fictor est qui et rerum ex a materia constantium. Neque enim, Deo non faciente et invito, esse ali- a quid aut potuit aut debuit. »

(1) « Sed probabile est, inquit, materiam rerum habere et habuisse sem- a per vim et naturam suam. Quam vim potuit habere, nullo dante? Quam a naturam nullo generante? Si habuit vim, ab aliquo eam sumpsit. A quo a autem sumere, nisi a Deo, potuit? Porro si habuit naturam, quæ utique a a nascendo dicitur, nada est. A quo autem, nisi a Deo, potuit procreari? »

ser mortal, es necesariamente un ser finito, un ser débil; y un ser finito, un ser débil; no puede menos de tener un poder débil, un poder finito. Pero, al contrario, Dios es un ser eterno; si es eterno debe ser fuerte y perfecto por excelencia; siendo fuerte y perfecto por excelencia, posee igualmente un poder infinito, tan infinito como su existencia, sin poder tener principio, ni tener fin; y si tiene un poder infinito, debe poder criar de la nada, y debe haber hecho todo lo que existe de lo que no existía (1).

« Así pues, añadía Lactancio, la verdad profesamos, y nada admitimos que se oponga á la naturaleza, cuando decimos que, al formar el mundo, empezó Dios por hacer la materia de que formó el mundo; y que esta misma materia la hizo de la nada, pues no existía; pues nada hay mas absurdo que el pensar que aquel en quien todo existe, de quien todo deriva ser y existencia, tuvo necesidad de recurrir á alguien ó á algo para tener cosa alguna. Si se admite que la menor cosa existió antes de él ó simultáneamente con él, ó sin haber sido hecha por él, se niega á Dios no solamente el poder, sino también la naturaleza y ser propio de Dios; esto es, se niega abiertamente á Dios (2).

« Por otra parte, si la materia de que ha sido hecho el mundo no hubiese sido criada por aquel que hizo el mundo;

(1) « Sequitur ineptissima comparatio: ut faber, inquit, cum quidquid edificaturus est, non ipse facit materiam, sed utitur ea quæ sit parata, « fictorque item cæra; sic isti Providentiæ divinæ materiam præsto esse « oportuit non quam ipsa fecerit, sed quam haberet paratam. Imo vero non « oportuit. Erit enim Deus minoris potestatis, si ex parato facit, quod est « hominis. Faber sino ligno nihil edificabit, quia lignum ipsum facere non « potest; non posse autem imbecillitatis est humanæ. Deus vero facit sibi « ipse materiam, quia potest. POSSE ENIM DEI EST. Nam si non potest Deus, « non est. Homo facit ex eo quod est, quia per mortalitatem imbecillis est, « per imbecillitatem definitæ ac modicæ potestatis est. Deus autem facit ex « eo quod non est, quia per æternitatem fortis est, per fortitudinem potes- « tatis immense est, quæ fine et modo caret, sicut vita factoris. »

Decia también san Agustín: « OMNIPOTENS NON EST QUI QUERIT ADJUVARI ALI- « QA MATERIA UNDE FACIAT QUOD VELIT. Ex quo est consequens ut secundum « fidem nostram omnia quæ Deus fecit per Verbum et Sapientiam suam de « nihilo fecerit. » (Aug., CONTR. FORTUNAT., Disput. 8.)

(2) « Quid ergo mirum, si, facturus mundum, Deus prius materiam, de « qua faceret, præparavit, et præparavit ex eo quod non erat? Quia nefas « esset Deum aliunde aliquid mutuari, cum in ipso, vel ex ipso sint omnia. « Nam si est aliquid ante illum, si factum est quidquam non ab ipso, jam et « potestatem Dei amittet et nomen. »

si la materia fuera tan innata y eterna como el mismo Dios, habria en el universo dos seres, Dios y la materia, ambos eternos con respeto á su ser, pero diferentes y aun contrarios con respeto á su naturaleza y modo de ser. Resultaria que habria en el universo dos seres soberanos en oposicion permanente, en guerra abierta entre sí (pues dos seres soberanos, cuya fuerza y razon son diferentes, no pueden permanecer en paz entre sí); lo que hubiera arrastrado la ruina y destruccion del mundo. Mas estas consecuencias son absurdas. Luego hay que admitir de toda necesidad que estos dos seres no son igualmente soberanos; es necesario admitir que uno de ellos es superior y anterior al otro; y, en este caso, no son ambos eternos, y queda demostrado que no hay mas que una naturaleza eterna, una sola naturaleza simple, la cual es el principio y manantial de todo lo que existe (1).

« No, no es posible que la materia haya existido siempre; si así fuese la materia no seria capaz de la menor mutacion: *Materia semper fuisse non potest, quia mutationem non caperet si fuisset.* Pues lo que siempre fue, no puede cesar de ser lo que es; y lo que no tiene principio ni tiene ni puede tener fin de modo alguno. *Quod enim semper fuit, semper esse non desinit; et unde ab fuit principium, abesse hinc etiam finem necesse est.* Y aun es mas posible que lo que tiene un principio no tenga fin (como el alma del hombre), que el que pueda acabar lo que nunca comenzó: *Quin etiam facilius est ut id quod habuit initium sine careat, quam ut habeat finem quod initio caruit.*

« Por consiguiente, si nunca hubiera sido criada la materia, lo que argüiria incapacidad de su parte de experimentar la menor alteracion, en las condiciones permanentes de su ser, esto es, cambiar, imposible hubiera sido hacer de ella la menor cosa: *Materia ergo si facta non est, nec fieri ex ea quidquam potest.* Mas si nada ha sido hecho con la materia.

(1) « At enim materia nunquam facta est, sicut Deus qui ex materia fecit hunc mundum. Duo igitur constituentur æterna, et quidem inter se « contraria, quod fieri sine discordia et pernicie non potest. Collidunt enim « necesse est ea quorum vis et ratio diversa est; sic utraque æterna esse « non potuerunt, si repugnant, quia superare alterum necesse est. Ergo fieri « non potest quin æterna natura sit simplex, ut inde omnia velut ex fonte « descenderint. »

la materia cesa de ser materia, pues la materia es lo que sirve para hacer algo. Todo lo que sirve para hacer algo, se halla en cierto modo destruido, porque la mano del artifice, al darle otra forma y otro estado, hace que cese de ser lo que era, y que sea lo que no fue. Luego si Dios hizo el mundo de la materia, como la arregló de modos diversos, y trasformado en tantos seres diferentes como hay cuerpos, la hizo cesar de ser bajo muchos aspectos, para hacerla revivir bajo otros. Luego la materia llegó á fenecer bajo la mano creatriz de Dios en el principio del mundo, y cesó de ser lo que era para comenzar á ser lo que no era; luego si tuvo un fin debió tener un principio. En efecto, solo lo que tuvo un principio puede cambiar, alterarse y tener un fin; pues todo lo que se puede destruir ha sido necesariamente edificado; todo lo que se puede agregar ha sido necesariamente agregado; todo lo que, de un modo ú otro, acaba, comenzó necesariamente: *Si fieri ex ea non potest, nec materia quidem est. Materia est ex quo fit aliquid. Omne autem ex quo fit, quia recipit opificis manum, destruitur, et aliud esse incipit. Ergo quoniam finem habuit materia, tum cum factus est ex ea mundus, et initium quoque habuit. Nam quod destruitur edificatum est; quod solvitur, alligatum; quod finitur, inceptum est.*

«Luego si es cosa manifiesta, en vista de las asombrosas mutaciones, de las trasformaciones radicales que experimenta la materia desde el origen del mundo, y en la formación de este mismo; si manifiesto esta que tuvo un principio la materia, ¿quién pudo sino Dios comunicarle este principio? *Si ergo ex commutatione et fine materia colligitur habuisse principium, a quo alio fieri, nisi a Deo potuit.*

«Observad igualmente, añadía ese gran apologista de la fe, que Dios tan solo no puede cambiar, que Dios tan solo no puede ser destruido; al paso que puede cambiar y destruir todo lo que no es él mismo, porque él es el solo ser que no tuvo principio. Dios solo será siempre lo que ha sido, porque es el solo ser que nunca fue engendrado por otro; el solo que carece de todo nacimiento, de todo principio; el solo cuyo existencia no depende de otra cosa que, por una mudanza cualquiera, puedo destruirlo; el solo que sea por sí mismo todo lo que es, y por consiguiente el solo que sea lo que quiere

ser, imposable, inmutable, incorruptible, dichoso, eterno (1).

15. Hay mas : mas de una vez habla Cicerón como verdadero epicúreo, negando que el mundo sea obra de Dios; y entonces, con tono chocarrero y de mal gusto, pregunta : «¿Dónde pudo este Dios encontrar las máquinas, las palancas, « los jornaleros necesarios para construir la obra inmensa del « universo (2)?

Pero si Cicerón reitera á menudo tal pregunta, no es tanto con el objeto de conocer la verdad y aprovecharse de ella, como con el ánimo de combatirla, constándole bien que nadie en el mundo puede dar informes satisfactorios en este punto. Así es que no pasa la pregunta de Cicerón de un puro sofisma; pues ¿arguye acaso que no haya podido Dios hacer el mundo, y que efectivamente no lo haya hecho, la ignorancia en que estamos de como Dios hizo el mundo?

Cada uno de nosotros vino al mundo, y creció mas ó menos en una casa que existia antes de su nacimiento; y, sin embargo, de que ignoremos cómo y cuándo fue edificada esta casa, ¿siguese acaso que podamos negar que fue edificada por un arquitecto? En vano repetiremos, con respeto á la casa, la misma pregunta que hace Cicerón relativamente al mundo; y si esta casa es un edificio hermoso y magnífico por su tamaño, número de sus columnas, riqueza de su arquitectura, en vano podemos quedar sorprendidos, pasmados, y declarar que no acertamos á comprender como un hombre solo pudo conseguir el llevar á cabo obra semejante; ello es cierto que no podremos menos de admitir que es un hombre el que lo hizo, y que consiguió esta empresa, menos que por sus fuerzas físicas, que por la grandeza de su talento y poder de su ingenio. Luego si el hombre, ser imperfecto, y no poseyendo en sí perfección alguna, consigue sin embargo por la fuerza de su razón, efectuar obras tan superiores á las fuerzas de su cuerpo, ¿de

(1) « Solus Deus, qui factus non est, et idcirco destrui alia potest, ipse « destrui non potest. Permanebit in eo semper quod fuit, quia non est aliunde generatus, nec ortus, nec nativitas ejus ex aliqua re pendet quæ illum « mutata dissolvat. Ex se ipso est, et ideo talis est qualem se esse voluit : « impassibilis, immutabilis, incorruptus, beatus, æternus. »

(2) « At idem, quoties epicureus est, et non vult a Deo factum esse mundum, querere solet : Quibus (Deus) manibus, quibus machinis, quibus « vectibus, qua molitione hoc tantum opus fecerit ? »

qué derecho osáis afirmar que *no es creíble* que el mundo haya sido criado por Dios, el ser infinito y perfecto, y por esto mismo el ser cuyo sabiduría carece de límites, así como su omnipotencia de medida (1)?

Por último, al terminar esta grave discusión, añade Lactancio estas bellas y elocuentes palabras :

« Las obras de Dios, ante nuestros ojos están; pero el modo en que han sido hechas estas obras, no es accesible ni aun a nuestro espíritu, porque, como justamente lo observa Hermes, el ser mortal no puede acercarse del ser inmortal, ni el ser del tiempo del ser eterno, ni el ser corruptible del ser incorruptible, esto es, no puede comprenderlo ni aun de un modo lejano. Nada hay pues más temerario é insensato que el querer sondear arcanos inescrutables. Semejante empresa es querer traspasar los límites de su propia condición, y desconocer que no está dado al hombre el comprenderlo todo; pues, al revelar la verdad á la criatura humana, Dios le enseñó tan solo lo que le importa conocer para llegar á la vida eterna, ocultando bajo espesos velos, y dejándola en una ignorancia completa de todo aquello que tan solo hubiera podido servir para satisfacer una vana y descomedida curiosidad. ¿De qué sirve pues devanarse los sesos para saber lo que no es posible saber, aquello cuyo conocimiento en nada puede acrecentar nuestra dicha? ¡Ah! que únicamente consista la verdadera sabiduría, la ciencia perfecta del hombre en este conocimiento, en esta fe : QUE DIOS ES UNO, Y QUE ES EL CRIADOR DE TODO EL UNIVERSO (1). »

(1) « Verum ille non audiendi aut discendi studio requirebat, sed refel-
« lendi; quia confidebat neminem id posse dicere. Quasi vero ex hoc putan-
« dum sit, non esse hæc divinus facta, quia quomodo facta fata sint, non po-
« test pervideri. An tu, si educatus in domo fabricata et ornata, nullam um-
« quam fabricam vidisses, domum illam putares non ab homine esse ædifi-
« catam; quia quomodo ædificata sit, ignoras? Idem profecto de domo quæ-
« res, quod nunc de mundo requiris; quibus manibus, quibus ferramen-
« tis homo tanta esset opera molitus; maxime si saxa ingentia, immensa cæ-
« menta, vastas columnas, opus totum sublime et excelsum videres, nonne
« hæc tibi humanarum virium modum viderentur excedere, quia illa non
« tam viribus quam ratione atque artificio facta esse nescires? »

« Quod si homo, in quo nihil perfectum est, tamen plus efficit ratione
« quam vires ejus exiguæ patiantur, quid est cur incredibile tibi esse vi-
« deatur, cum mundus dicitur factus a Deo, in quo, quia perfectus est, nec
« sapientia potest habere terminum, nec fortitudo mensuram? »

(2) « Opera ipsius videntur oculis. Quomodo autem illa fecerit, ne mente

Tal así, hermanos míos, los grandes doctores de los primeros siglos de la Iglesia, combatían la doctrina de la eternidad de la materia, base del dualismo, insistiendo todos en la consecuencia absurda, si bien natural, si bien necesaria, y que forzosamente argüía esta misma doctrina, esto es, que la materia eterna no podía menos de ser la MATERIA DIOS. Pero no se ceñían á lo expuesto en su pugna con los dualistas esos inclitos varones, tan admirables por la solidez de su ciencia como por la fuerza de su inteligencia y el zelo de su fe. Impávidos combatientes, perseguían y acosaban infatigables al enemigo de trinchera en trinchera, sin dejarle tomar aliento, sin permitirle un punto de refugio ni un instante de reposo. Así, despues de haber probado á los partidarios del dualismo que, al admitir la eternidad de la materia, hacían de esta un verdadero Dios, les probaban igualmente que, al adoptar el mismo principio, los dualistas volvían imposible la creencia que Dios hubiese formado el mundo de una materia preexistente, y atacaban, por el hecho mismo, el dogma de la existencia de Dios. Vais á ver, hermanos míos, como discurrían sobre este particular los esclarecidos varones que conocéis; y estos nuevos combates en que derribaron al dualismo formarán el objeto de la continuación de esta conferencia.

SEGUNDA PARTE.

16. De acuerdo con los dualistas modernos, los dualistas antiguos insistían siempre en este punto : que solamente por la hipótesis de la eternidad de la materia se puede conciliar

« quidem videtur : quia, ut Hermes ait, mortale immortalis, temporale per-
« petuo, corruptibile incorrupto propinquare non potest, id est propius ac-
« cedere et intelligentia subsequi... Sciat igitur quam inepta faciat, qui res
« inenarrabiles querit. Hoc est enim modum conditionis suæ transgredi.
« nec intelligere, quousque homini liceat accedere. Denique cum aperiret
« homini veritatem Deus, ea sola scire nos voluit, quæ interfuit hominem
« scire ad vitam consequendam : quæ vero ad curiosam et profanam cupidi-
« tatem pertinebant, reticuit, ut arcana essent. Quid ergo queris quæ nec
« potes scire, nec si scias beator fias ! Perfecta est in homine sapientia, si
« et Deum esse unum, et ab ipso esse facta universa cognoscat. »

la autoridad de Dios y la dignidad de la razon humana; pues, segun esta hipótesis, decian, Dios queda el criador y señor del universo, como habiendo formado á este mismo universo. Pero, como segun esta misma hipótesis, Dios formó al mundo de una materia preexistente, base que fue de sus operaciones, libre se halla la razon humana del deber de aceptar la doctrina de la creacion del mundo de la nada, que la razon no comprende, y que, en consecuencia, no puede admitir. En una palabra, estos filósofos, al atrincherarse en el principio de la materia eterna, juzgaban que tal era el solo principio racional, y el solo por el cual se podia explicar la formacion del mundo. Era pues necesario desalojarlos y expulsarlos de esta última muralla. Tal fue la empresa que con noble y vigoroso teson remataron los defensores del cristianismo, probando que la hipótesis de la eternidad de la materia no alcanzaba tampoco al explicar la formacion del mundo por Dios.

Tertuliano fue el primero que trabó la pelea, y empeño el combate en este nuevo terreno : « Muy inconsecuentes sois, decia á los discípulos de Hermógenes, muy inconsecuentes sois á la vez, y muy atolondrados, al afirmar que Dios hizo el mundo de una materia tan increada y tan innata como él mismo. Creéis que, por tal sistema, podeis explicar, de un modo plausible, la formacion del mundo; y cabalmente sucede todo lo contrario, pues, con semejantes premisas, inexplicable y aun incomprendible llega á ser la formacion del mundo.

« Desde luego tenemos que Dios no hubiera podido servirse de la materia en calidad de señor y dueño de todo lo que existe, pues Dios no es dueño de todo, sino en tanto que todo lo ha criado la materia como las demás cosas. Pero si Dios no hubiese criado la materia, si esta hubiese existido eternamente é independiente de Dios, Dios no hubiera sido su dueño, y ningun poder hubiera tenido sobre ella ; Con qué derecho hubiera hecho uso de una cosa que no era suya, que no le pertenecia, pues no era produccion suya ? » Y, comentando esta argumentacion, en una magnífica prosopopeya, presta Tertuliano el siguiente lenguaje á la materia supuesta eterna, dirigiéndose al Dios que intenta emplearla en la formacion del universo.

« ¡ Gran Dios ! ¿ qué quereis hacer de mí ? ¿ Vais á formar el mundo, no es verdad ? quereis señalar vuestro poder, vuestra sabiduría, vuestra bondad ; quereis convidar otros seres á glorificaros, á participar de vuestra felicidad. Todo eso es muy bueno, pero componeos allá con vos mismo. Ved, probad si podeis lograr vuestro intento modificando vuestra naturaleza, comunicando vuestro ser ; pues lo que es yo, no juzgo conveniente servir á vuestros designios, sean los que fueren. Soy en la actualidad materia informe, es verdad ; pero no soy ambiciosa, y me contento de permanecer en el estado en que me hallo. ¿ Porqué no haceis otro tanto ? Sois espíritu ; pues bien, contentaos, tambien con serlo. ¿ Qué significa ese antojo de querer manifestar vuestras perfecciones á costas mias, é inmolrar á vuestra gloria mi independendencia ? Si no podeis prescindir de mí en la formacion del mundo, podeis á lo menos prescindir del intento y dejarme en paz. Acordaos asimismo que existo independientemente de vos y sin vos ; que mi ser lo derivó únicamente de mí misma, ni mas ni menos que vos derivais el vuestro de vos mismo ; de lo que resulta que no sois superior á mí, como yo tampoco soy superior á vos ; que tan exento os hallais de todo derecho de mandarme y disponer de mí, como me hallo yo misma de mandaros y disponer de vos ; y del mismo modo que seria ajeno y opuesto á vuestra dignidad el prestaros á recibir forma de mí, tambien es ajeno de mi dignidad el prestarme á recibir forma de vos. Así inútil es vuestro deseo, y os advierto que no hareis el mundo de mí, ni por mí, ni conmigo. No consiento en ello, no me da la gana ; y bien os consta que careceis de todo derecho y todo poder para forzarme á ello ; pues ¿ quién pudo sujetarme á vuestro poder, á mí, ser eterno como vos, vuestro contemporáneo, vuestro igual ? ¿ Será tal vez porque os llamais Dios ? Pero tambien yo tengo un nombre peculiar, y me llamo MATERIA. Yo existo ni mas ni menos que vos durante la eternidad eterna. Así como vos, soy ser primero, ser antes de todo, ser principio de todo. Tal como vos carezco de todo principio, de todo fin ; carezco de todo autor, de todo señor ; carezco de todo Dios. Ambos somos perfectamente semejantes, como que somos ambos lo que es cada uno de nosotros, como que ambos somos eternos. Al participar de mi eternidad, sois vos lo que yo misma

soy, sois materia; del mismo modo que, al participar de vuestra eternidad, soy yo misma lo que vos sois, esto es, Dios; y no es lícito ni aun al mismo Dios el servirse de otro Dios. »

Ahora bien, pregunto yo, continuaba diciendo Tertuliano á los sectarios de Hermógenes, ¿qué hubiera podido responder Dios á la materia al oír semejante lenguaje? ¿cómo hubiera podido Dios obligar á un ser tan eterno como él mismo, tan independiente de él mismo como él mismo de la materia, á doblegarse á su voluntad? ¿Cómo hubiera podido disponer de semejante ser en la formacion del mundo? : *Quomodo ergo discernere audebit Hermogenes atque ita subjicere Deo materiam eternam eterno, innatam innato, auctricem auctori; materiam dicere audentem : Et ego prima, et ego ante omnia, et ego a quo omnia. Pares fuimus; simul fuimus, ambo sine initio, ambo sine fine, sine auctore, sine Domino, sine Deo. Qui me Deus subjecit contemporali, coetaneo? Si, quia Deus dicitur? Habeo et ego meum nomen. Aut ego sum Deus, aut ille materia, quia ambo sumus quod alter est nostrum.*

17. Pero imaginémonos, continua diciendo Tertuliano, que no hubiera sido tan susceptible, tan quisquillosa la materia, tan desprovista de cortesía y urbanidad; y que, por un exceso de complacencia, hubiese consentido á que Dios hubiese obrado con ella como queria. Pues bien, en esta misma hipótesis, aun admitiendo que ninguna resistencia hubiese opuesto la materia á los designios de Dios, la formacion del mundo hubiera sido no menos imposible.

En el mundo, tal como actualmente existe, vemos, es verdad, en un flujo y reflujo de vicisitudes continuas, experimentando sin cesar nuevas modificaciones por la corrupcion y generacion, la atraccion y la repulsion, la aspiracion y la expiration, la emanacion y la absorcion. Vemos la materia cambiar perpetuamente de estado de formas, de condiciones, y pasar sucesivamente del frio al calor, de las tinieblas á la luz, del reposo al movimiento, de la muerte á la vida; vemos á la materia formar nuevos cuerpos de la destruccion de los cuerpos antiguos; la vemos gastarse para renovarse, envejecer para rejuvenecerse, morir para revivir, y la naturaleza ente-

ra, por trasformaciones sucesivas, brotar ebria de vida y vigor de sus propias ruinas.

Todo esto se concibe, todo esto se explica. Habiendo Dios criado la materia, y, siendo esta, por el hecho mismo, un ser esencialmente contingente, mobil, susceptible de todo cambio, de toda modificacion, pudo recibir todas las leyes que plugo imponerle á su divino autor; pudo y podrá siempre, sometida á estas leyes, servir á la formacion y reproduccion de los seres, á la constitucion, al órden, á la armonía del universo.

Pero no sería así si la materia hubiese existido desde toda eternidad. En este caso, la materia eterna no hubiese sido mas que un inmenso océano de hielo imposible de derretir; un inmenso pedrusco de granito imposible de quebrar; una inmensa montaña de bronce que no hubiera nunca podido cambiar de puesto; un ser esencialmente inmutable en su estado como en su duracion, y al cual nadie, ni aun el mismo Dios, hubiera podido imprimir la menor alteracion, el menor cambio, ni del cual hubiera podido valerse para formar seres.

La eternidad es la permanencia perfecta y absoluta del ser entero. Lo que carece de límites en su duracion, no puede tenerlos en su existencia. Lo que es permanente en su existencia, lo es tambien en su naturaleza, en sus atributos, en sus propiedades. Lo que es eterno debe ser indivisible y debe ser inalterable.

Todo lo que es eterno y necesario, es fijo, es permanente, es inmovil, y no puede experimentar la menor vicisitud en su estado, la menor modificacion en su condicion, el menor desfallecimiento en su ser. La eternidad excluye toda especie de mutacion; pues toda especie de mutacion es incompatible con la permanencia, con la eternidad del ser; y todo ser eterno es inmutable. La inmutabilidad es el corolario necesario de la eternidad. Ambos estos términos « inmutable y eterno, » se refieren, se suponen, se implican necesariamente uno á otro. Nada eterno cambia; todo lo que cambia no es eterno.

Por este motivo, dice Dios en las Santas Escrituras: Yo soy el señor; y ¿sabeis porqué? Porque no cambio, ni puedo cambiar: *Ego Dominus, et non mutor* (Malac., III.)? Y por-

qué no cambia Dios ni puede cambiar sino porque es eterno? Así el profeta David (Psal. cl.), y, mas adelante San Pablo (Hebr., 1), dicen á Dios: Señor, vuestros son los cielos, vuestra es también la tierra; pues vos sois quien, desde un principio, fundasteis la tierra, y los cielos son vuestra obra. Pero todo eso se gasta, todo eso envejece como los vestidos humanos, todo eso cambia á la menor señal de vuestra voluntad, todo eso perece. Pero vos, señor, jamás cambiáis, jamás envejecéis; vos solo sois eternamente lo que fuisteis, lo que siempre sereis; vos solo sois siempre el mismo: *Et tu Domine in principio terram fundasti, et opera manum tuarum sunt caeli. Ipsi peribunt, tu autem permanebis; et omnes sicut vestimentum veterascent. Et mutabis eos, et mutabuntur; tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.*

Así, al suponer la materia tan eterna como Dios, sin principio y sin fin, forzoso es, observa Tertuliano, suponerla tan incapaz como Dios de experimentar el menor cambio, la menor modificación: *Si materia eadem aeternitate censetur, neque initium habens neque fidem, non poterit pati dispersionem et demutationem, quia Deus.*

Luego si la materia no hubiese sido criada por Dios, si hubiese existido desde toda eternidad como Dios, tan eterna como Dios, hubiera sido tan inmutable como el mismo Dios; tan incapaz hubiera sido como el mismo Dios, de experimentar la menor modificación, el menor cambio; tan imposible hubiera sido á Dios el formar seres, y aun el menor ser, de la sustancia de la materia, como le es imposible el formarlos de su propia sustancia; tan imposible hubiera sido á Dios tocar á una materia inmutable como tocarse á sí mismo; y mucho menos componerla, dividirla, darle forma para que pudiese formar el mundo; é imposible hubiera sido por consiguiente la fabricación de este con una materia eterna.

En esta nueva argumentación, hallaba ocasión Tertuliano de insistir de nuevo en su tesis principal, que la materia no puede ser eterna.

La materia, dice, es divisible; de ser divisible, siguese que contiene una sucesión de partes que forman su continuidad; y esto arguye, sin réplica, que la materia carece de una existencia fija, permanente, inalterable, absoluta.

La materia es mudable, pues es susceptible de formas, modificaciones, trasformaciones, diversas; y bien consta que todo cambio se halla en contradicción con la permanencia absoluta del ser. Todo ser que cambia, no es absolutamente permanente en sí mismo. Luego, como la materia ha sido dividida en una multitud de partes, como ha pasado y continuamente pasa por cambios de toda especie, siguese que ha perdido desde tiempo remoto su eternidad. Pero tal es la condición de la eternidad, que, si es eternidad, no puede perderse; y, si no es así, la eternidad cesa de serlo. Luego si la materia perdió su eternidad, si actualmente no posee esta eternidad, á causa de sus alteraciones, divisiones y cambios continuos, esto prueba que nunca fue eterna, que nunca poseyó la eternidad: *Demutationem admisit materia; et si ita est, aeternitatem amisit. Sed aeternitas amitti non potest quia nisi admitti non possit, aeternitas non est; ergo nec demutationem pati, quia aeternitas demutari non potest.*

Cambiar, continua diciendo Tertuliano, es perecer en el estado actual para revivir en otro nuevo. Todo ser que cambia cesa de ser lo que era para llegar á ser lo que no era: *Mutari perire et pristino statui.* Todo ser que cambia experimenta un desfallecimiento en su ser; y todo ser sujeto á tal desfallecimiento en su ser, no es permanente, no es eterno (1).

Orígenes, por su parte, insistía igualmente en este mismo argumento. Error grosero es, dice, el pensar que, si la materia hubiese existido desde toda eternidad, hubiera podido disponer de ella Dios como nuestros artifices al fabricar las obras en que es forzoso elemento la materia. Esta comparación carece de todo fundamento. Nuestros artifices y jornaleros encuentran actualmente la materia muda, insensible, inerte, sin

(1) La eternidad no tiene tiempo, sino ella misma es todo el tiempo: lo que hace no puede padecerlo. Lo que no tiene origen, no tiene edad. Si Dios es viejo, no será Dios; si nuevo, nunca lo fue. La novedad arguye un principio, la vejez anuncia un fin. Pero Dios es tan ajeno de un principio y de un fin, como lo es al tiempo, el cual es el árbitro y medida de todo fin y de todo principio. *Non habet tempus aeternitas; omne enim tempus ipsa est. Quod facit pati non potest. caret aetate quod non licet nasci. Deus, si est, vetus non erit; si est novus, non fuit. Novitas initium testificatur; vetustas finem comminatur. Deus autem tam alienus ab initio et fine est quam a tempore, arbitro et metatore initii et finis* (TERTULLIANUS, *Advers. Marc.*, lib. I, c. viii)

oponer la menor resistencia á sus designios y esfuerzos, indiferente en cuanto á las formas que se le quiere dar, y á las trasformaciones á las cuales se pretende someterla; pero tal no hubiera sido el caso de la materia eterna con respeto á Dios. En la actualidad, podemos manejar la materia como nos place, porque la materia, habiendo sido criada de la nada por Dios, no es, ni mas ni menos, que lo que la hizo Dios, lo que quiso Dios que fuese; un ser contingente, mutable, sin pensamiento, sin inteligencia; presto á todo cambio, y aun á la destruccion; porque plugo á la providencia, á la bondad de Dios que lo crió, sujetarlo al hombre. Luego la materia se halla en un estado de dependencia absoluta, no solo con respeto á Dios que le dió el ser, sino tambien con respeto al hombre á quien fue sometida; porque escrito está, en las sagradas páginas, que al poder y dominacion del hombre, sujetó Dios el mundo material, el mundo terrestre.

Pero tal no seria el caso si la materia hubiese existido desde toda eternidad. Léjos de haber podido ser sometida al hombre, Dios mismo no hubiera podido someterse á ella. ¿Y cómo hubiera podido Dios someterse á una materia que no hubiera criado, que nada le debia, que no era suya? : *His qui artificum nostrorum comparationem obtundunt, quorum nemo sine materia quidquam efficiat occurrendum : nullam eorum hoc in genere similitudinem esse. Materiam enim cuilibet artificii providentia subjecit (Omnia subjecisti sub pedibus ejus, (Ps. viii.).*

Muy singular es esto, hermanos míos : se supone que la materia es eterna para dar á Dios el medio de formar los seres; y, por el hecho mismo de suponer la materia eterna, se pone á Dios en la imposibilidad de haber dado origen á un solo ser. La razon filosófica imaginó la materia eterna para explicar la formacion del mundo, sin obligacion de admitir el dogma de la creacion; y, al admitir la materia eterna, admitió por materia del mundo una materia inmutable, que de nada pudo servir en la formacion del mundo, con la cual toda imposibilidad hubiera sido á Dios formar el mundo. La razon filosófica se negó á admitir la creacion del mundo de la nada, y, al mismo tiempo, fué á refugiarse en la formacion del mundo por lo imposible; rechazó una verdad incompre-

sible para admitir un error incomprendible; y abandonó el misterio para adoptar un error. Ahí teneis una prueba de cuan sabia y feliz es en sus cálculos la razon humana.

Pero no creais, hermanos míos, que sean estas las solas consecuencias que resulten de la doctrina del dualismo. Otra, en efecto, divisaron los grandes defensores de la verdad católica, la cual es la mas espantosa y funesta. Al admitir la eternidad de la materia, no solamente impele una lógica implacable á reconocer á la materia como un *Dios*, no solamente se admite un principio con el cual seria inexplicable el origen del mundo, porque seria imposible; sino que llega á ser inexplicable é imposible la existencia del mismo Dios. Seguidme por algunos instantes en esta grave é importante discusion.

18. Dios no es Dios sino en tanto como es uno : *Si Deus est, unus sit necesse est*, decia Tertuliano. Pero es una condicion, una ley necesaria del estado del Dios único, que Dios no es único sino porque es solo; y no es solo sino porque nada ha existido siempre con él. De modo que es el primero, porque todo viene despues de él; todo viene despues de él, porque todo de él procede; todo de él procede, porque, fuera de él, todo es nada : *Unici Dei status hanc regulam vindicat : Non aliter unici, nisi quia solius ; non aliter solius, nisi quia nihil cum illo. Sic et primus erit, quia omnia post illum. Sic omnia post illum, quia omnia ab illo ; sic ab illo, quia ex nihilo.*

Ahora bien, ese gran atributo de Dios, esa condicion primera, esencial de su esencia, de ser sola y únicamente lo que es, lo contesta á Dios, lo niega á Dios todo el que concede á la materia la eternidad de Dios, todo el que admite otro ser fuera de Dios, en compañía de Dios, tan increado como Dios, y al que hubiera debido asociarse Dios en la formacion del mundo.

Pero aun no paran aquí las consecuencias del dualismo. Al atacar esta doctrina, al menoscabar la *unicidad* de Dios, ataca igualmente su sabiduría, su riqueza, su independencia, su libertad, su poder, en una palabra ataca la existencia misma de Dios; y la última consecuencia de este sistema de error, es el ateísmo.

La Eseritura sagrada, cuyas expresiones son tan claras, tan llanas, tan precisas, tan formales, y, digámoslo tambien, tan